

Los puentes de París



Enrique Macaya Lahman

No podríamos imaginar a París sin el Sena; son consustanciales. París es también un don del Sena, han dicho algunos. Sin embargo, no fue el río el que determinó el origen de la ciudad fue la isla de la Cité; primero refugio de los galos, sitio de acuartelamiento de legiones luego, para los romanos.

Después, el río se convirtió en elemento fundamental de tránsito, del norte hacia el sur, como un sector de la ruta máxima en dirección de la Provenza, por León y Marsella, hacia los litorales del Mediterráneo.

El lugar, en un principio, no parecía muy acogedor: una pendiente boscosa en la ribera izquierda y un pantano en la derecha; lo que luego llegó a ser la Montaña de Santa Genoveva y el Marais (el Pantano).

Pero fueron las orillas del río las que moldearon la ciudad; el cauce, progresivamente, se tornó más estrecho pero más profundo; se alzó el nivel de la futura ciudad y entonces el paisaje urbano de los alrededores dominó la violencia del río y estilizó los contornos de las playas y atracaderos; más aún: se definió mejor la silueta actual de la isla de la Cité.

Luego vinieron los puentes (París y sus puentes es ya el gran París) y, más tarde, con lentitud de siglos, se construyeron los muelles (los "quais"; Azorín traduce los "malecones") a todo lo largo de las dos orillas; esto fue ya algo definitivo para la ciudad y para el río, sus puentes adquieren entonces la plenitud de su estilo y de su ordenamiento. También se plantaron muchos árboles en las

dos riveras; boscajes que en París siempre han sido el temperamento de las cuatro estaciones y el relleno generoso para los espacios vacíos.

Francia ha sabido estilizar todo lo de su vida y de su ambiente; el mejor ejemplo de ello es el Sena al cruzar a París; representa una admirable disciplina, una teoría perfecta de saber distribuir, equilibrar y armonizar los elementos básicos disponibles; representa un trabajo de épocas, pero jamás se cometieron errores, ni ayer ni hoy; y la unidad que ahora existe entre el Sena y París —como una inspiración inicial— es el mejor punto de partida en el tránsito y en la intimidad para llegar hasta la belleza total de la ciudad.

Son treinta a la fecha, aproximadamente, los puentes sobre el Sena en París. Es necesario buscar perspectivas adecuadas para mirarlos por secciones, pues el río tuerce en la distancia dibujando curvas en forma de S; y esta visión truncada no resulta del todo comprometedora; pareciera, más bien, un simple capricho barroco de estilo y de siluetas que se alejan.

El Sena corría antes sobre antiguas praderas, entre colinas cercanas, como Montmartre y la de Santa Genoveva. No debe pensarse que París es una ciudad virtualmente plana, por el contrario, ondula, sube y cae, con violencia a veces, entre colinas "inspiradas" como diría Mauricio Barrés. Y el encanto disperso —y extraño a la vez— de algunas de sus calles o avenidas, reside, justamente, en el ascenso pintoresco y brusco hacia

lo alto, aquí y allá, en una escalada lenta y evocadora. La calle de los Mártires (la del ascenso de San Dionisio decapitado y de sus dos compañeros San Rústico y San Eleuterio) que sube y sube sin relevo, desde casi el centro de la ciudad hasta lo más elevado de Montmartre, ya próxima a la iglesia del Sagrado Corazón, es un buen ejemplo y mejor testigo de lo que estoy diciendo.

¿Y los puentes? Sigamos con los puentes de París volvamos a ellos. Nos interesa ahora solamente lo inmediato y no sus largas historias; las anécdotas —digámoslo así— del último acontecer.

Tenían, hasta hace poco, una doble vida; la de lo alto, la multitudinaria, con su tráfico intenso y unánime de vehículos y peatones; y también la otra vida, más incidental, oculta y pintoresca (casi un símbolo), la inferior, ubicada bajo los últimos arcos ya en tierra firme sobre los atracaderos de los malecones; hotel de los "clochards", del libre cambio y de los enamorados miserables; leyenda y realidad perdidas y de las que ya sólo nos queda una canción inolvidable: "Bajo los puentes de París".

Ahora, una autopista a lo largo de los muelles, ha desplazado estos domicilios del silencio, del frío y de una poética pobreza. Los vehículos circulan libremente a grandes velocidades y, durante el trayecto, los puentes se identifican apenas por sus nombres abreviados en pequeñas señales colocadas sobre los arcos: de las Artes, Nuevo, del Cambio, de Nuestra

Señora, Arcole, Luis Felipe, Marle.

En pocos minutos se recorre, es verdad, una amplia distancia para los que van de prisa; el humor parisiense dice que es una vía de acceso rápida hacia ninguna parte. Pero, en realidad, es una ruta de engaño que penetra bajo las sombras y que borra, casi totalmente en el horizonte, el orden y las siluetas claras y a plena luz de los puentes y el contorno monumental y antiguo de las dos riveras.

Los puentes siguen siendo el ordenamiento más íntimo de la ciudad; son ellos, justamente, los que distribuyen —y dan unidad al mismo tiempo— el acceso a los diferentes barrios de París, a la derecha y a la izquierda, respetando los matices de cada uno y también sus leyendas. Para muchos, hasta tienen sus propias filosofías. Según los poetas de ayer —o de antaño— parecieran, a veces, peligrosas invitaciones románticas hacia el suicidio; para otros, quizás más filósofos que trasnochados, son simplemente una evocación esencial sobre el tiempo y el fin, en filosofías que nos llegan ya desde el Renacimiento.

Se cuenta que Bergson, al regresar de sus conferencias en el Colegio de Francia, acostumbraba detenerse algunos instantes sobre el pretil del puente de San Miguel, buscando una posible integración en la distancia próxima —simbólica únicamente, quizás— entre el curso eternamente móvil del río y las siluetas antiguas y quietas de los monumentos cercanos.